

## La gente de color

Luis Rafael Sánchez

(De su libro ho llores por nosotros,  
Puerto Rico) 1997

La directora de la corporación *Miss Puerto Rico* y jefa de una agencia de modelaje, Ana Santisteban, ha incomodado a algunos círculos sociales de esta Nueva Insula Barataria por permitir la participación de unas muchachas negras en el certamen que adjudica dicho título. El título de *Miss Puerto Rico* se ostenta durante un año y se tiene por cofre donde se guarda un cuento de hadas escrito por la realidad. La feliz ganadora recibe varios premios en metálico, se la obsequia con ropa y calzado de marca, la peinan y la hermosean hasta semejar un préstamo del cielo a la tierra, a cambio de comparecer a cientos de actividades cívicas y benéficas, tanto en el país como en el extranjero, en *representación* de la mujer puertorriqueña.

Con una redacción que se le aproxima, la anterior noticia se publica en el periódico *The San Juan Star* del pasado veintisiete de junio. Sospecho que se excluyen de la noticia, porque se integran al campo de la mera especulación, los beneficios marginales a que puede aspirar *Miss Puerto Rico*, tras entregar la

corona a su eventual sucesora y observar las indicaciones que siguen.

- a. Atenerse a una dieta frugal.
- b. Matricularse en el gimnasio.
- c. Combatir el sarro.
- d. Ocultarse de los rayos ultravioleta.
- e. Apurar doce vasos de agua diarios.
- f. Ingerir frutas frescas y hortalizas.
- g. Dormir ocho horas nocturnas.
- h. Comportarse como una dama boba.

Otros beneficios marginales podrían ser el inicio de una carrera de modelaje, la animación de un espacio televisivo y el matrimonio con un peje destartado por los años pero en posesión de un afrodisiaco infalible—un arsenal de dólares, marcos y yenes.

La noticia de marras aparece en la sección que dicho periódico reserva para las clases que tienen la frivolidad por dogma, de modo que se puede inferir la composición de los círculos descompuestos o incomodados. Son los círculos que sueñan con mantener a los puertorriqueños negros *en su sitio*, los círculos que están, *sinceramente*, preocupados por *la composición de la raza*, los círculos a los que enoja la presencia conspicua de la Tía Africa en la vida comunal puertorriqueña, los círculos que sustentan la pervertida idea de que la piel blanca conlleva un inevitable prestigio, una innata gracia, un *aque! especial*.

¿Dije raza?

¿Merece llamarse raza el patético espejismo blancoide que entretiene a la élite puertorriqueña? ¿Habrá que atosigarle una grabación del poema de Fortunato Vizcarrondo, *¿Y tu agüela dónde está?*,

en la interpretación de Juan Boria o Julio Axel Landrón?—dos maestros granados de la declamación negroide. ¿Beneficiará al puertorriqueño carapálida el ojeo de un álbum fotográfico con las caras lindas de nuestra gente negra?—una lindura apartada del concepto hegemónico de belleza impuesto por los blancos. ¿Habrá que invitar a los puertorriqueños, emparentados con Aquiles, a hacer turismo por las sinuosas narices y las pronunciadas bombas del Puerto Rico *percurido*?

Hablar de una raza blanca puertorriqueña implica sustituir la historia por la invención e incurrir en la más quimérica de las adscripciones retóricas. La de endilgarle una blanquitud a un pueblo de esencia mestiza a la que se le agrega una pizca de tainidad. ¡De los derroches de la imaginación me cuida Dios que de los derroches de la realidad me cuido yo!

Prohibido por la Constitución, inaceptable como práctica según los reglamentos de las corporaciones públicas y privadas, descartado por cuanta organización se inscribe y se legitima, el prejuicio racial se filtra, en los recintos educados y democráticos de la sociedad puertorriqueña, a través de los curiosos rechazos y las súbitas exclusiones que tienen por sujeto a los puertorriqueños negros. Unas exclusiones y unos rechazos, elaborados con un calado tan diestro, que le permite a los hechores gritar *foul* si se los acusa de cultivar el prejuicio racial.

MISTER LYNCH IS NOT ONE OF US

Las cosas donde van y un sitio para cada cosa—en Puerto Rico no se linchan negros. Tampoco se los

segrega en la cocina del autobús, se les niega el acceso a las universidades o se les impide mostrar sus habilidades en los teatros o los museos. El prejuicio racial de la riña callejera y la quema sistemática de las iglesias a donde concurren los negros, el prejuicio de los letreros que advierten *No dogs or negroes allowed*, no encuentra eco en Puerto Rico donde todo se razona con la expresión oblicua y la opinión sesgada. Un Meredith Baxter hubiera podido matricularse en cualquier universidad puertorriqueña sin que un solo matriculado blanco lo tomara como una provocación. Una Marian Anderson hubiera podido cantar en los teatros Tapia o Riviera o en el paraninfo de la Escuela Superior Central sin que grupo alguno de damas blancas consiguiera impedirlo. Una Rosa Parks hubiera podido sentarse en cualquier asiento de cualquier autobús de la Autoridad Metropolitana de Autobuses sin que el chofer lo tomara como la insolencia de una negra que intentaba salirse de *su sitio*.

Vale, por tanto, comprometer el prejuicio racial *home made* con sus propios enconos y retorcimientos, con sus propias hipocresías y duplicidades, diferente al prejuicio racial norteamericano, que se expresa mediante las agresiones que atentan a la dignidad humana—escupir al negro, atajar al negro, apedrear al negro, acuchillar al negro, asesinar al negro, bestializar al negro.

La diferencia entre el prejuicio racial norteamericano y el prejuicio racial puertorriqueño explicaría, parentéticamente, el sueño anexionista que cultiva un apreciable número de puertorriqueños negros. Irónicamente—a veces la Historia responde a

nuestros emplazamientos con una ironía desenfadada—en el eventual estado cincuentiuno, los puertorriqueños negros engrosarían la minoría negra de la nación norteamericana por lo que configurarían una minoría dentro de otra minoría.

#### ATENCIÓN, TEMA DIVISORIO A LA VISTA

El tema del prejuicio racial puertorriqueño no ha acumulado una bibliografía concordante con su actualidad y su palpitación—recuérdese que el elemento poblacional afro del país desborda el porciento que le asignan las estadísticas oficiales. Sólo dos libros, suscrito por la vivencia el uno, suscrito por la ciencia el otro, que en su aparición generan el entusiasmo y la controversia, resumen el acervo hermenéutico del tema, *Narciso descubre su trasero*, de Isabelo Zenón Cruz, publicado en el 1971 y *El prejuicio racial en Puerto Rico* de Tomás Blanco, publicado en el 1937. Tampoco asoma el tema, frontal y recurrente, en el imaginario literario, aunque las pocas aportaciones son, en rigor, valiosísimas. Destaco la poesía de Fortunato Vizcarrondo—poeta cultivador de una ironía agresora—que fue contestatario antes que el término abanderara una moda, la intensa trilogía teatral *Máscara puertorriqueña* de Francisco Arriví, los muy bien contados *Cinco cuentos negros* de Carmelo Rodríguez Torres y los lúcidos poemas y cuentos que Mayra Santos junta, respectivamente, en *Anamú y manigua* y *Pez de vidrio*.

Sí asoma y recurre el tema del prejuicio racial puertorriqueño en los adefesios antiliterarios que, a

gusto, difunde la televisión en la forma de sainetes o pasos de comedia. Al agravio se suma la ofensa—los sainetes o los pasos de comedia los interpretan, la mayoría de las veces, actores blancos caripintados de negro. Lo que algunos achacan a una crisis del ingenio cómico habría que achacarlo a una crisis dramática de la decencia:

a. *A ese tipo lo dejaron en el horno más de la cuenta.*

b. *Llegó a Puerto Rico vía Africa Airlines.*

Podría contra argumentarse que la falta de estudios y de obras literarias, sobre el prejuicio racial en Puerto Rico, demuestra la inexistencia de éste o su existencia menor e insustancial. Sin embargo, la mirada echa de menos a los puertorriqueños negros en los altos puestos gubernamentales, en los altos mandos de la Guardia Nacional, en las juntas directivas de los clubes donde se malea el civismo, en los departamentos con misiones de vidriera para consumo del público extranjero como la Secretaría de Estado. Ni siquiera en el Tribunal Supremo de Justicia hay jueces negros. La más alta magistratura judicial se abre a la diversidad ideológica de la sociedad puertorriqueña pero se cierra a la diversidad racial de la misma. Curiosamente, las agencias o las secretarías pueblerinas por antonomasia, como la de Asuntos de la Vivienda y el Fondo del Seguro del Estado, tienen como personal a un considerable número de puertorriqueños negros. ¿Se trata de un traqueteo mañoso con las quintas y las ternas o se trata de una inexplicable casualidad?

Tampoco en las sillas de alto espaldar de la banca se sienta negro alguno. Cajeros prietos y cajeras

prietas los hay a montón. Tampoco hay galanes dramáticos en la industria de la televisión, aunque las zonas erógenas de miles de puertorriqueñas las administran miles de hombres, cuyas pieles recorren la infinita gama del color prieto y la infinita gama del sabor prieto. *Once you go black you never go back* dice el refrán como celebración de la proficiencia sexual y la calidad amatoria del hombre negro y de la mujer negra.

La falta de estudios y de obras literarias, sobre el prejuicio racial en Puerto Rico, la explica la renuencia a la confrontación de un tema tenido por espinoso, por divisorio y por fraticida. Justifica la renuencia el argumento de que admitir la existencia del prejuicio racial puertorriqueño supone capitalizarlo. Como si la desatención tuviera la virtud mágica de hacer desaparecer el prejuicio. ¡El avestruz influye!

#### ENTRE PANCARTAS TE VEAS

Seamos honestos a riesgo de ser impertinentes. El prejuicio racial puertorriqueño tiene una salud de hierro pues sobrevive, desafiante e irracional, a las campañas de higienización espiritual y se manifiesta en todos los estratos sociales y todas las ideologías políticas. Tanta salud es portadora de un virus dialéctico que contagia, por igual, a los liberales cautelosos y los conservadores transigentes. En la forma sintomática de una tosecilla, el virus sube y baja por las gargantas.

a. Tosecillas de los liberales cautelosos

Tos 1. *Los hijos son los que sufren.*

Tos 2. *Ella tiene la nariz poco católica.*

Tos 3. *Ella no es negra, ella es india.*

Tos 4. *Más negro que el culo del caldero.*

b. Tosecillas de los conservadores transigentes

Tos 5. *Ella se estira la pasión.*

Tos 6. *Tarde o temprano el negro la caga.*

Tos 7. *El oscurece la raza.*

Tos 8. *Como un jodido mime en la leche.*

Aparte de las tribulaciones hogareñas porque el novio tiene el pelo *kinky* y la novia no debe *tirar pal monte*, aparte de la disuasión a oscurecer la raza, aparte de la sincera advertencia por el posterior sufrimiento de los hijos, con otros colores se viste el prejuicio racial puertorriqueño. De color pastel y aclarador es el prejuicio que cabalga en la resistencia a pronunciar la palabra negro: *Al negro no hay que anegrarlo, Al negro no hay que ponerlo a sufrir recordándole que es negro.* De color blanco inmaculado es el prejuicio que cabalga en el enunciado *Negro pero decente.* Aunque la oculten los melindres de la piedad, aunque la anestesia la consideración, una convicción repta por el hondón de tanta alma buena vestida con los colores aclaradores del prejuicio racial puertorriqueño—la inferioridad esencial del negro. El humor agrio sobra en la Nueva Insula Barataria, un agror funesto y turbador.

#### AL NEGRO NO SE LE ANEGRÁ

A causa de la oblicuidad que sustenta la sique puertorriqueña, el prejuicio racial, hecho en casa, evita pronunciar la palabra *Negro* en su dimensión etnográfica. Para sustituirla acude a una sarta de enchapes eufemísticos, portadores de sufijos dimi-

nutivos y aumentativos, que le dan una irónica relevancia: QUEMADITA, BIEN QUEMADITA, TRIGUEÑO QUEMADO, TRIGUEÑO PASADO, TRIGUEÑOTE, TRIGUEÑOTA, INDIO, AINDIADO, CAOBA, AZABACHE, SEPIA, MORENA, MORENA OSCURA, MORENOTA. No se trata de matices lexicales afectivos, sugeridos por el muy heterogéneo basamento mestizo del país—la escala cromática de lo negro desconoce el agotamiento en la calle antillana. Tampoco se trata de una modulación que registra el cuadrante de la gentileza y la simpatía; una gentileza y una simpatía que, cuando se extreman, parecen gestos de condescendencia. Se trata, lisa y llanamente, de otra práctica de la negrofobia en el nombre del ingenio.

De entre los términos disponibles para salvar a los amigos y a los vecinos de los complejos inferiorizantes se destaca uno, *gente de color*. Este lo activa un sistema de oposiciones implícitas. La gente de color se define cuando se la opondrá a la gente sin color, o la gente de piel blanca. El término, una traducción literal de *colored people*, indigna menos que las medidas tomadas para expresarlo—la voz baja, el rostro cariacontecido, el tonillo secretero, la beatería de la compunción.

El prejuicio racial boricua no se restringe a los blancos. Los negros, oprimidos por los modelos blancos de belleza y seducción, se apuntan en el blanqueamiento mediante el uso de postizos de pelo liso y peinillas calientes, gorritos de medias nailon y otras tácticas que se dispusieron a anticuar el Poder Negro, la fuerza avasalladora del continente africano y el grito jubiloso de Cassius Clay—*Black is*

*beautiful*. Pero, además de apuntarse en el blanqueamiento, interiorizan el prejuicio. Un compositor excelso, cuya obra resume uno de los capítulos impostergables del cancionero hispanoamericano, Rafael Hernández, cuando le canta a la nación puertorriqueña destaca *La noble hidalguía de la Madre Patria* y *El fiero cantío del indio bravío* como los valores consustanciales de aquella. Mas, se calla la aportación negra a dicha excepcionalidad, ya sean los rasgos del carácter colectivo, ya sea el temple moral, ya sea el sentido profundo del ritmo, ya sea la honda sensualidad que no se agota en la salvajina y el sexo. Y Rafael Hernández era negro. ¿Se trató de una consciente distanciaci3n? ¿Creyó prudente mantener a los negros *en su sitio*?—el sitio del negro lo asigna el blanco pero lo transa el negro. ¿O prefirió corresponder al aplauso sostenido que le tributaron los blancos respetando sus prejuicios?

#### TRYING TO PLEASE THE GRINGO

Incomoda a los círculos amordazados por los sueños de perfiles griegos y de narices como dardos, de bocas de fino lineamiento y pieles albas como velos de novia, que unas muchachas negras compitan por el título, un tanto divertido, de *Miss Puerto Rico*. Incomoda que alguna quemadita, trigueñota o morenota, se alce con el título y pasee por el mundo la más verdadera de las sospechas—en Puerto Rico el que no tiene dinga, tiene mandinga, tiene watusi, tiene hotentote, tiene carabalí. En cambio, satisface a los circulosos, llena sus pechos de orgullos rancios, que una muchacha rubia de ojos azules, pasee

por el mundo la mentira de que el pellejo nacional puertorriqueño es blanco que te quiero blanco.

No nos prestemos al engaño. El falso paradigma racial cumple otras aspiraciones, nada secretas, como lo son tranquilizar al Padre Nuestro Que Está En Washington y asegurarle que la etnicidad puertorriqueña contiene un porcentaje mayoritario de genes blancos. Poco a poco lo implícito se vuelve explícito. La preponderancia del pellejo blanco valida, también, el derecho de Puerto Rico a anexarse a los Estados Unidos de Norteamérica.

La experiencia colonial posibilita, día a día, todas las caricaturas. Hasta la caricatura de reclamar un pasado vikingo. Hasta la caricatura a que lleva el reclamo *Que se sepa todo de nosotros menos la verdad*. Hasta la caricatura que suscitan algunos círculos sociales de esta Insula Barataria a propósito de la participación de unas muchachas negras en el certamen que adjudica el título *Miss Puerto Rico*. Cuánto clisé histórico. Cuánta fobia histórica. Cuánto descaro sin editar. Cuántas misis de espaldas a las masas.